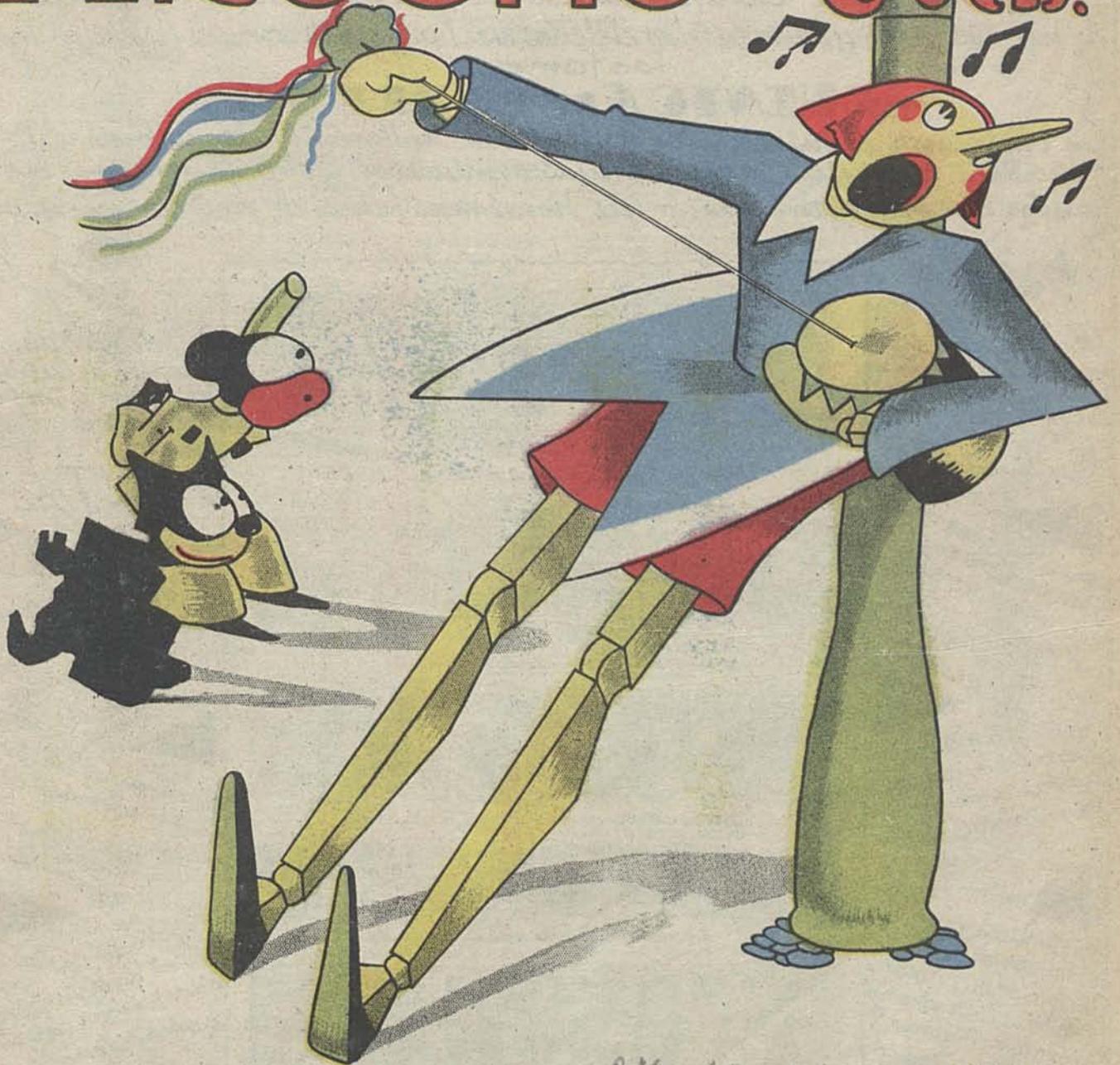


ALMANAQUE DE PINOCHO

6 octs.



27-12-31

BARTOLZZI

HA LLEGADO UN BARCO CARGADO DE CUENTOS DE CALLEJA

LA ALEGRIA MÁS GRANDE DE LOS NIÑOS
LO MAS SUGESTIVO - LO MAS AMENO - LO MAS DELICIOSO

Si quereis vivir en un mundo de fantasía, sentir la emoción de las aventuras y saborear los deleites de las más hermosas leyendas, leed los famosos

CUENTOS DE CALLEJA

En cualquiera de sus preciosas Bibliotecas hallareis maravillosas narraciones de hadas, magos, brujas, aventureros y otros mil heroes de cuentos que os harán pasar las horas más felices de vuestra vida



Lo más grande del mundo son mis bigotes y los CUENTOS DE CALLEJA

Don Turulato

UN SERVIDOR CAMBIARIA SIETE PIRULISES EN BUEN USO POR UN CUENTO DE CALLEJA

CURRINGHE
leeeeee

Si Pelucho supiera leer ¡cuanto disfrutaría con los Cuentos de Calleja

Ayita

Don Turulato mató En Trapisonda la Vieja Un toro, de un pisotón. ¿Por tan brillante actuación Le concedieron la oreja? ¡Mucho más! ¡La Colección de los Cuentos de Calleja!

Correton



Biblioteca Enciclopédica para niños, 26 tomos de 15x23 cm.



Biblioteca Ilustrada para niños, 30 tomos de 13x19 cm.



Biblioteca Escolar recreativa, 36 tomos de 10,6x15,3 cm.



Biblioteca de Recreo, 45 tomos de 7,4x10,4 cm.



Biblioteca Salgari, ed. Minerva, 31 tomos de 14x20 cm.



Si Correton: O una colección de Cuentos de Calleja o un barril de dinamita.

Escoja

Min Tor

Para frutas, bragón
Para jardines, Valencia
Y para cuentos, Bonitos
Las Ediciones Calleja

Pirula

Los Dientes de Calleja son canelita

Fina Becla

Legendando los Cuentos de Calleja, seremos felices con un palmo de narices

Pincho



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?

—Voy a hablarte, mi querido y curioso Chonón, de la vida y peligros en el Polo Norte. ¿Qué te parece el tema que he escogido para nuestra charla?

—Admirable, mi buen buho; cosa tuya, y nada más.

—Tratándose de vida en el Polo, he de hablarte de los esquimales, que son los naturales habitantes de aquellas regiones solitarias.

—¿Cómo podrán vivir con el frío tan horrible que allí debe de hacer?

—Pues viven admirablemente, y soportan sin dificultad las temperaturas de cincuenta grados bajo cero, que frecuentemente se registran en aquel país. Los esquimales hacen frente a estos fríos forrándose materialmente de pieles, y nutriéndose con alimentos muy ricos en grasas; carne de foca, de ballena o de oso blanco. Además, cuando la caza es abundante, se embadurnan el cuerpo con una espesa capa de grasa, que es el mejor protector contra el frío.

—Pero apestarán estos buenos habitantes polares; ¿no te parece?

—No huelen a ámbar precisamente, pero es más fácil acostumbrarse al olor acre de la grasa, que al tormento del frío. En el verano viven en tiendas hechas con pieles de focas y morsas, y en el invierno se refugian en chozas construidas con nieve.

—¿Con nieve, querido buho? ¿Y no se mueren de frío? Es incomprensible.

—No lo creas; la nieve es mala conductora del calor, y así el aire que se calienta dentro de la vivienda, tarda mucho en enfriarse. Las viviendas las construyen en forma de cúpula, y en su interior cuelgan una gran lámpara de aceite de foca, (lámpara que consiste en un plato de piedra lleno de grasa, donde se impregna una larga mecha). Cuando esta lámpara funciona bien, bastan treinta minutos para que los habitantes de la choza puedan despojarse de sus prendas de abrigo, no obstante ser de cincuenta o sesenta grados bajo cero la temperatura del exterior. Los esquimales tienen tal práctica en la construcción de estas chozas, que dos hombres tardan tan sólo media hora en levantar una vivienda. Y en ella viven perfectamente, resistiendo los más crudos inviernos, los más fuertes huracanes, las ventiscas más furiosas. En cambio, ¡cuántos europeos han perecido víctimas de los adelantos que se tenían por indestructibles! Un barco, provisto de magníficos elementos de calefacción y de confort, se hace astillas entre las potentes tenazas de los hielos, y una choza de nieve resiste los más rigurosos inviernos. Y lo mismo que sucede con el frío, ocurre con los alimentos; los esquimales se protegen del hambre mejor que las expediciones científicas que frecuentan aquellos lugares. Todas estas expediciones van cargadas con un verdadero almacén de alimentos en conserva; un bagaje que es un gran entorpecimiento, un lastre para la marcha de los trineos y un peligro muy serio para la salud, pues tales víveres en conserva suelen provocar el escorbuto, esa terrible enfermedad que diezma las expediciones. Además,

en caso de naufragio, las provisiones se pierden y los desgraciados exploradores se ven condenados a morir de hambre.

—¿Pero es que no hay nada que comer en el Polo? ¿No me has dicho que hay tantas focas y tantos osos?

—No sólo los hay, sino que abundan extraordinariamente. Los esquimales viven de los alimentos naturales que les proporciona el país. La principal fuente de alimentación, la ofrecen los trolepes de focas de diversas especies, y que nadie como el esquimal sabe cazarlas.

—Cuéntame, amigo buho; eso de la caza de focas debe de ser muy interesante.

—Sabido es, querido Chonón, que estos anfibios morirían de asfixia si no saliesen a respirar en la superficie cada diez o doce minutos. Pero esta superficie está cubierta de una capa de hielo, de un espesor no menor de cincuenta centímetros, y para no quedar prisionera en el agua, despliega la foca toda la agudeza de su inteligencia, o por mejor decir, de su instinto. Cuando la capa de hielo empieza a formarse, (desde el mes de Octubre), cuida la foca de que en el hielo quede abierto un agujero, que dé paso al aire.

—¿Y cómo puede hacer esto, si la foca no tiene patas para escarbar?

—Pues lo consigue, sin necesidad de patas; le basta con respirar con fuerza junto al hielo, y el calor de su respiración impide que el agua se congele. De esta forma, construye su chimenea respiratoria, que los esquimales vigilan atentamente con su larga lanza.

—Cuando llega la primavera, las focas suben al suelo helado y toman baños de sol. Entonces se las puede cazar más fácilmente, bien por medio del arco, bien con tiro de fusil.

—Si la foca escasea, (cosa que ocurre muy pocas veces), el esquimal recurre a la pesca con anzuelo, abriendo agujeros en el hielo. Los peces que se cogen, se los comen crudos.

—Abundan también en el Polo los pequeños mamíferos, sobre todo las marmotas, pero estos bichos no se los comen los esquimales, sino en casos extremos, porque dicen que viven en el reino de los muertos, o sea bajo tierra. Los europeos encuentran la carne de estos animales muy sabrosa, y no reparan en tales supersticiones.

—También es muy estimada la carne del oso blanco, si bien su caza es muy difícil, sobre todo para el que no es esquimal.

—¿Quieres contarme cómo se cazan?

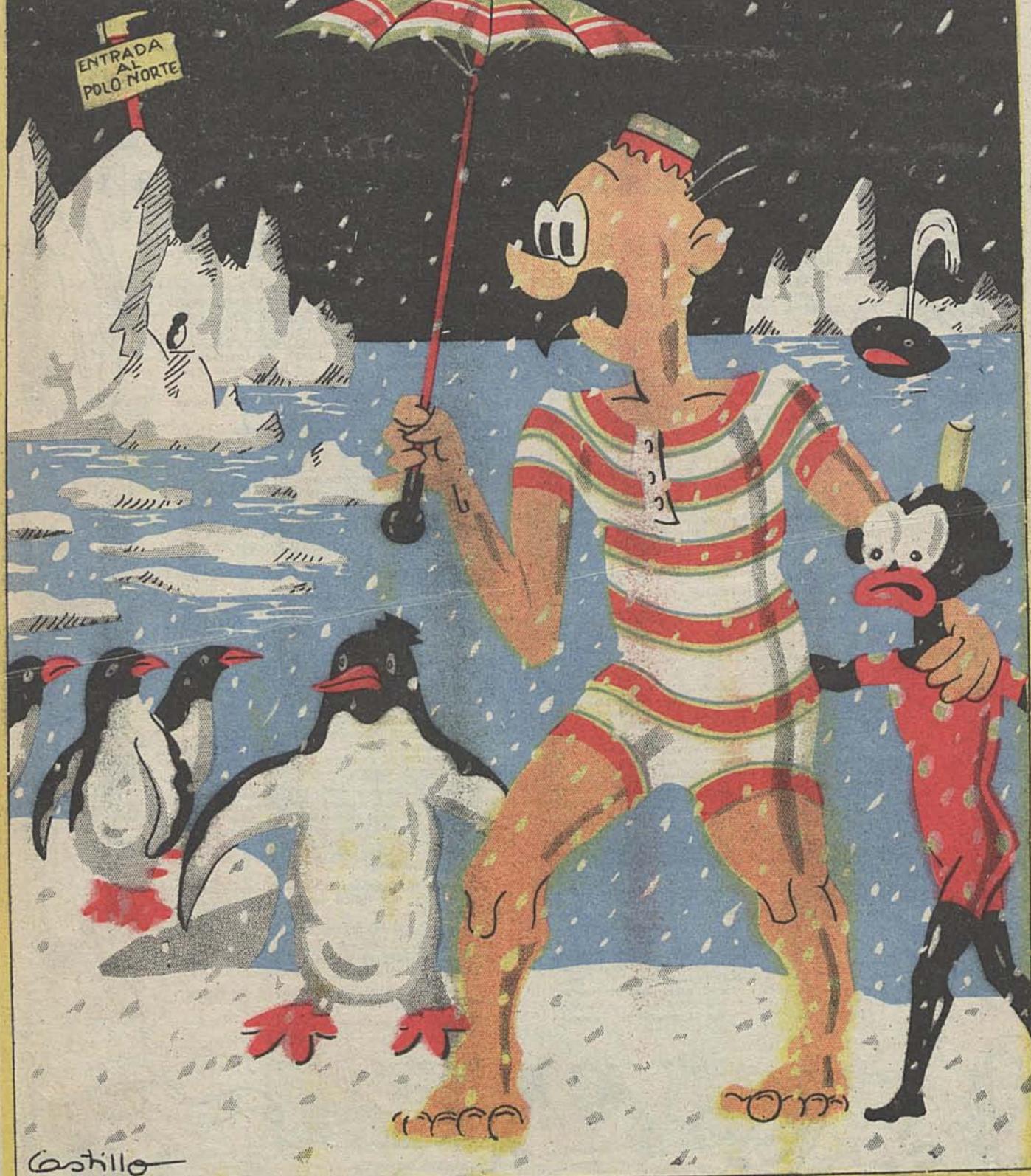
—Es tema que aprovecharemos otro día, para llenar nuestra charla. Hoy ya no puede ser, querido Chononcito. Mira el reloj.

—¡Uy! ¡Es tardísimo! Adios, buho, no me puedo entretener ni un minuto más.

—Adios, curiosísimo Chonón.



INVIERNO



Castillo

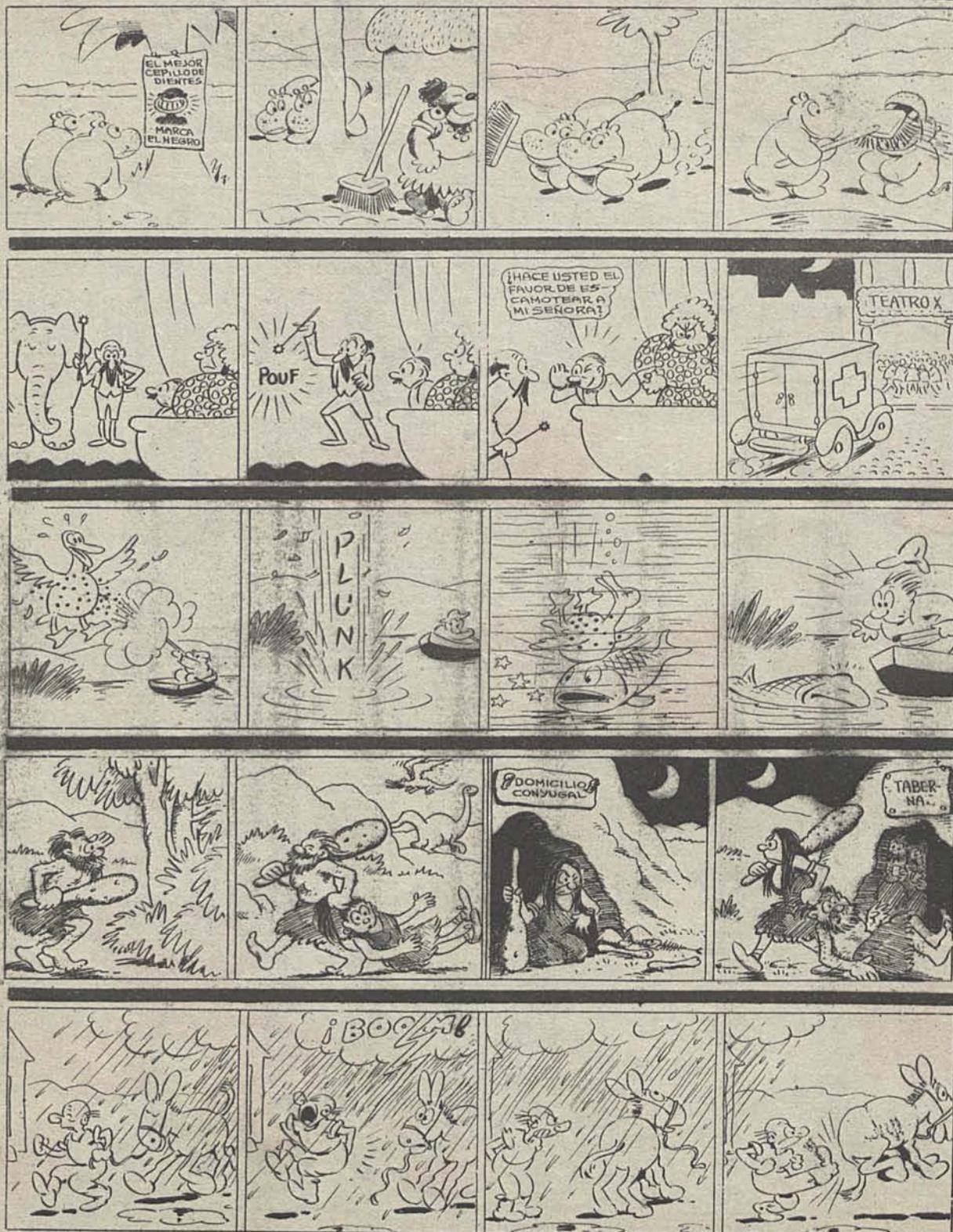
DON TURU, TODOS LOS AÑOS, SE VA AL POLO A TOMAR BAÑOS
Ayuntamiento de Madrid



LOS CHICOS CON MIL AMORES AL CAPITAN LE ECHAN FLORES

Ayuntamiento de Madrid

GRAN CINE TINUTONESCO



ARISTARCO Y DON TORCUATO

SON COMO EL PERRO Y EL GATO



Tín y Tón y los Reyes Magos



I

Ya era bien entrada la mañana cuando se despertaron Tín y Tón. Tras los empañados cristales de la ventana el viento danzaba un charlestón y en el alféizar se amontonaba la nieve. En la cocina, Tecla trajinaba preparando alguna confitura, cuyo aroma llegaba hasta el cuarto de nuestros héroes... Y en la sala tocaba la bandurria el capitán...

Fuera, el viento seguía silbando mientras la nieve espolvoreaba los pinos. Los árboles alzaban los brazos como pidiendo la paz. Tín y Tón se estiraron satisfechos dentro de sus camitas. ¡Qué calentitos se encontraban! Y se desperezaron saboreando la caricia tibia de las sábanas templadas.

El capitán seguía tocando la bandurria, el Inspector canturreaba una antigua canción napolitana mientras se lavaba y Tecla en la cocina hacía sonar alegremente los cacharros.

Tín y Tón paladeando tanta felicidad se adormecieron... Pero de repente Tín dió un bote en la cama... Y Tón un respingo... Acababan de recordar que estaban a 6 de enero.

¿Que qué significaba esa fecha? Pues significaba que la noche anterior después de haber limpiado muy bien los zapatitos los habían puesto en el alféizar de la ventana.

¿Y sabéis lo que significa poner unos zapatitos brillantes como el charol en el alféizar de una ventana? Pues significa que se espera una visita. La visita de los Reyes Magos. Por eso Tín había dado un bote en la cama... Y Tón un respingo...

Porque los dos habían recordado que en la ventana tras cuyos empañados cristales se amontonaba la nieve había cuatro zapatos como cuatro manos que imploraran una limosna. Y rápidos como saetas sin temor al frío, se arrojaron de sus camitas y abriendo la ventana, miraron ansiosamente buscando con los ojos el deseado regalo.



Una turbonada de nieve les lavó la cara.

Pero apenas abrieron la ventana el gesto de alegría que iluminaba sus rostros se trocó por una mueca de rabia y desilusión.

¡Los Reyes Magos les habían gastado una jugarrereta!

Es decir, otra jugarrereta. Desde que tenían uso de razón los Reyes Magos no hacían nada más que gastarles jugarreretas.

En lugar del regalo bonito, en lugar del juguete reluciente y alegre con que obsequiaban a los demás niños, sólo había un pedazo de carbón y una boina vieja.

Tín y Tón palidecieron y rechinaron los dientes. ¡Lo mismo que el año pasado...! ¡Y que el anterior...! ¡Y que el otro...!

Y prometieron, en aquel solemne momento, vengarse de los Reyes Magos.

En la sala sonaba irónicamente la bandurria del Capitán.

II

Pasó un año y llegó otra vez la noche del 6 de enero.

Con nieve que blanqueaba los pinos, viento que solfeaba sonatas y agua que tocaba el tambor en las ventanas.

Tín y Tón estaban dispuestos a tomar venganza de los Reyes Magos.

Como en años anteriores les habían pedido una tarta de arroz para cada uno.

Apenas todos estuvieron acostados en la casa se habían descolgado sigilosamente de la ventana de su cuarto, de la ventana llena de nieve, sobre la cual se destacaban como cuatro gotas de tinta china los zapatitos...

Escondidos dentro de unos toneles aguardaban la llegada de los Reyes Magos.

Tín blandía un enorme garrote con un pincho en la punta.

Y Tón un artefacto que sonaba como un reloj; una bomba. El frío era intenso y Tín y Tón dentro de los toneles tiraban furiosamente. Pasó una hora, luego otra...

Y continuaba nevando lentamente, copiosamente.

Todos los caminos estaban blanquitos. Los albañiles del Cielo estaban muy atareados, por lo visto, aquella noche.

Tín y Tón comenzaban a desesperar y ya pensaban en abandonar la empresa cuando hasta ellos llegó un rumor. Tín empujó el garrote y Tón acarició la bomba.

¡Eran los Reyes Magos!

Traían una escalera. Melchor estaba helado. Para no llamar la atención no venían con los camellos.

Hablaban:

—Sí. Esta es la casa — dijo Gaspar que estaba un poco constipado.

—Parece mentira que no se te haya olvidado desde el año pasado — dijo Baltasar que llevaba dos bultos en las manos.



—¡Bueno! ¡Vamos a terminar pronto!— añadió Melchor (que por lo visto no tenía muy buen humor) preparando la escalera para subir a la ventana de los nenes. ¿Tienes ahí las tartas de arroz?—añadió dirigiéndose a Baltasar.

—Sí. Aquí las tengo—dijo el aludido. Yo no sé cuando se van a cansar estos niños de pedir chucherías. Me están dejando la despensa vacía. Todos los años piden lo mismo. El año pasado también les trajimos otras tartas...

Tín y Tón sacaron la cabeza, de dentro de los toneles y se miraron perplejos. ¿Qué misterio era aquel? ¿A dónde habían ido a parar las dos tartas a que se referían los Reyes Magos?

Melchor ya había colocado la escalera hasta la ventana de las dos fieras y Baltasar, en un santiamén, subió por ella y colocó las dos tartas sobre los zapatitos de nuestros héroes...

Después quitaron la escalera y desaparecieron charlando. Melchor iba estornudando.

—¡Vaya un constipado que he cogido! El año que viene me parece que voy a mandar a mi hijo. Yo ya no estoy para estos trotes.

III

Apenas hubieron desaparecido los tres Reyes, salieron Tín y Tón de su escondite. Las narices coloradas como zanahorias y la perplejidad bailándoles en los ojos.

Resultaba que los Reyes Magos les

habían puesto todos los años las tartas de dulce que les pidieron. Resultaba que a pesar de esto ellos no habían encontrado en sus zapatitos nada más que algún pedazo de miserable carbón o alguna deleznable patata.

¡Misterio insondable!

Pero cuando más distraídos estaban con estas reflexiones cierto ruido que oyeron les obligó a esconderse de nuevo, en los toneles.

¿Quién sería?

Los dos nenes esperaron atentos. Entre el mecanismo de la bomba y sus corazones se estableció un campeonato de velocidad.

—¡Ya se han ido los Reyes!—dijo una voz.

—Pon la escalera—añadió otra.

Hubo una pausa.

—¡Ya está!—se oyó al fin. Dame el carbón...

Los dos muchachos se atrevieron a asomar la cabeza por encima de los toneles y lo que vieron les dejó con la boca abierta... con peligro de que cogieran una pulmonía.

Subido en una escalera que había apoyada en la ventana estaba el mismísimo Capitán Corretón, el cual había cogido las dos tartas que habían dejado los Reyes Magos sustituyéndolas por dos pedazos de carbón. Al pie de la escalera estaba el mismísimo Inspector con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Hoy son mayores que el año pasado—dijo en voz baja el Capitán en lo alto de la escalera, guiñándole un ojo al Inspector.

—¡Baja pronto!—dijo éste relamiéndose...

—¡Y que están rellenas de dulce de ciruela!—añadió el Capitán chupándose un dedo.

Tín y Tón, dentro de los toneles, apretaron los dientes, después instintivamente cogieron el garrote y la bomba, luego sintieron cómo una espesa niebla les cubría los ojos y, ciegos, salieron de los toneles...



Al día siguiente el Inspector y el Capitán yacían cubiertos de vendas en sus respectivos lechos.

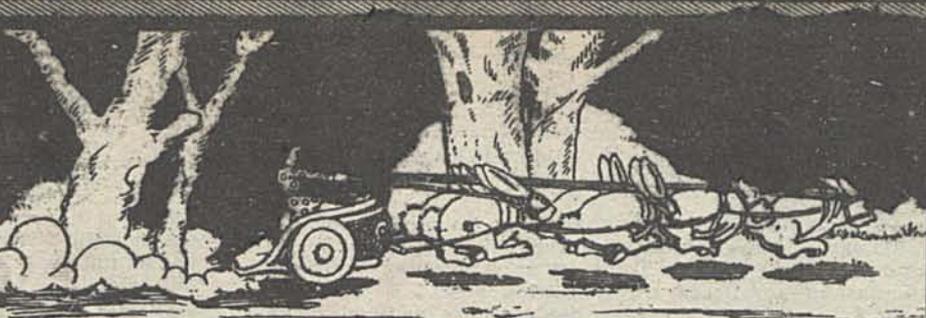
Y la bandurria allá en la sala permanecía callada y silenciosa mientras la nieve seguía cayendo por los caminos.

FEDERICO GALINDO

(Dibujos del mismo)



ANITA Y SU EMIGRACION



¡SEGURAMENTE QUE SE PREGUNTARÁN USTEDS QUE ADONDE VOY CON TODOS ESTOS UTENSILIOS! ¡PUES AHORA LO VERÁN!



¡COMO LA OTRA NOCHE HAN QUERIDO ROBARME A LA PEQUEÑA FIFI QUIERO TOMAR TODO GÉNERO DE PRECAUCIONES!



¡ASI ES QUE PARA NO SER SORPRENDIDA DURANTE MI SUEÑO HE IDEADO....



...PONER EN ESTA FUERTA UN APARATO DE ALARMA POR SI SE LE OCURRE A ALGUIEN ENTRAR POR AQUI!



¡Y AQUI EN LA VENTANA PONDRÉ UN DETONADOR QUE ASUSTE A QUIEN INTENTE PENETRAR POR ELLA!



¡EIA! ¡YA PUEDO ACOSTARME TRANQUILA!



¡LLEVO MAS DE DOS HORAS EN LA CAMA Y AUN NO HE PODIDO CONCILIAR EL SUEÑO! ¡Y ES QUE LAS PREOCUPACIONES ESTAN REÑIDAS CON EL DESCANSO!



¡ME HABIA QUEDADO DORMIDA UNOS INSTANTES Y HE SOÑADO UN CÚMULO DE COSAS HORRIPILANTES!



¡YA ESTA AMANECIENDO! ¡VOY A MIRAR LA HORA QUE ES Y A BEBER UN POCO DE AGUA!



¡ME ESTOY CAYENDO DE SUEÑO, A VER SI DURANTE EL DIA PUEDO DORMIR ALGO!



¡PLOM!



¡AUXILIO!
¡QUÉ SE HUNDE LA CASA ENCIMA DE MÍ!



HAROLD GRANT

COLOREA A SU PANDOLLA



DON KATITE



SECCIÓN PIRULA



CHARLAS DE PIRULA

Año nuevo, vida nueva.....
mantel nuevo

El lunes último me mandó llamar nuestro director, que, como sabéis, es el gran Pinocho, y me dijo:

—Pirula, para celebrar el año nuevo, te voy a hacer un regalo. ¿Crearéis sin duda que al oír estas palabras, yo me puse muy contenta? Pues, nada de eso.

—Querido Pinochín—le contesté—(aquí al director se le trata con bastante confianza; como él es así de campechano y tiene la nariz tan larga....) Te agradezco la intención, pero, ¿qué regalo se me puede hacer a mí? Bombones u otra golosina, no puede ser, pues ya sabes que las muñecas no comemos; y de trapos tampoco, puesto que por nada del mundo cambiaría yo mi trajecito de percal a cuadros, que es modesto, cual corresponde a una simple pepona, como yo soy. Tampoco supongo que pienses regalarme una muñeca; ni....

—¡Cállate ya, mujer!—me interrumpió Pinocho, con un poco de impaciencia—se conoce que tan acostumbrada estás a charlar con tus Pirulindas, que cuando pegas la hebra, ya no sabes callar. Claro que no soy tan tonto, que piense hacerle a una muñeca de cartón, que además es redactora de mi periódico, un regalo igual a los que se les hacen a las niñas de carne y hueso. El caso es, que con ocasión del próximo

año nuevo, tengo la intención de publicar un número especial, un número almanaque; y mi regalo consiste en darte, de este número, dos páginas, para tu «Sección».

¡Entonces sí que me puse contenta! ¡Dos páginas enteras para mí solita! ¡Es decir, para nosotras!

Le dí un beso al gran Pinocho en la punta de la nariz—que es la prueba de agradecimiento y afecto que él más aprecia—y me marché corriendo a entablar con vosotras esta buena y larga charla ¡de dos páginas, precisamente para el día de hoy, en que tanto tenemos que decirnos!

La próxima vez que hablemos, estaremos en el año 1932; de entonces allá sólo pasarán ocho días, y sin embargo, hoy estamos en el año 1931; es decir, que tendremos un año más. ¡Qué cosas ocurren en la vida! ¿eh?

Lo más raro de todo, es que no se nos nota-

rá nada. Que no se me note a mí, es bastante natural, pues tampoco se me notaría aun cuando hubieran transcurrido diez años; tal cual me veis he nacido—vamos, he sido fabricada—y tal cual, seguiré viviendo y no digo que así moriré, porque soy inmortal, puesto que soy muñeca e irrompible.

Pero a vosotras sí que se os debía de notar; ¿verdad?

Pues estoy segura de que si os acercáis a ese sitio de la pared, donde vuestra mamá os mide de vez en cuando, no habrá que añadir ninguna rayita a la que marcó sobre vuestra cabeza «el año pasado».

Es más, os podréis poner el mismo vestido que llevaseis el domingo último, sin que mamá exclame, juntando las manos con esa desesperación con que las mamás ocultan el orgullo que les produce cada centímetro ganado por sus hijos:

—¡Qué atrocidad, el estirón que ha dado esta criatura! ¡Pero si le ha quedado el vestido a medio muslo! ¡Y aún no hace tres meses que le puse un falso!; nada, que no voy a tener más remedio que añadirle un zócalo, así de grande.

¡Un año y sin crecer medio milímetro, Pirulindas queridas!

Pero afortunadamente, en lo único que no se os nota el cambio de un año para otro, es en la estatura. Por lo demás, ¡hay que ver el cambio que daís al empezar el año nuevo! Porque año nuevo, vida nueva.

Ved, por ejemplo, lo que le sucede a Lina; nada, sencillamente que está resuelta a cambiar por completo en honor del venidero 1932.

De aquí en adelante, cada día desde la mañana hasta la noche, se ha de notar en Lina una transformación total.

Ya veis; en cuanto la llamen por la mañana para ir a clase, se levantará sin hacerse la remoloncita, sin esconder la cabeza debajo del embozo, sin suplicar con la vocecilla plañidera de una pobre mendiga, que pide un céntimo para un panecillo: ¡Un ratito más: sólo cinco minutos!

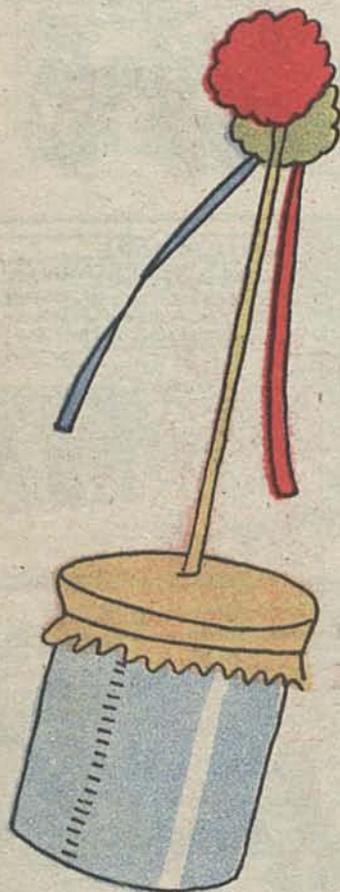
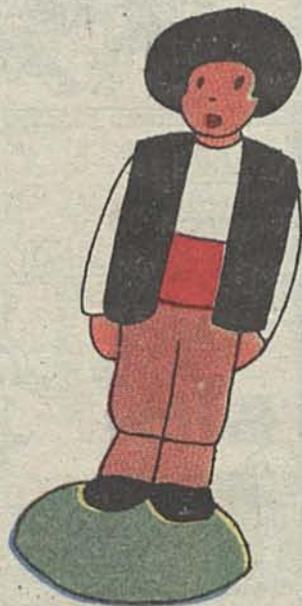
Luego, en clase, se sabrá la lección admirablemente, sin titubear, sin buscar las respuestas en el techo, donde, por supuesto, aunque suele buscarlas siempre, todavía no se ha dado el caso de que las encuentre nunca.

En las comidas, comerá sin protestar, lo mismo la sopa que el plato de verduras, aunque sean judías verdes. Y no dirá *no tengo gana*, ante el plato de carne, a fin de *guardar sitio* para el postre.

No empezará a pedir la merienda a las cuatro, asegurando que está *muerta de hambre*. No; esperará para pedirla a que den las cinco..... puesto que su hora reglamentaria de merendar, son las cinco y media.

En fin, por la noche, después de cenar, se irá a la cama en seguida, sin encerrarse en el cuarto de baño, para retrasar el momento de acostarse, y sin suplicar: ¡Un ratito más; sólo cinco minutos!, con la misma vocecilla desgarradora con que por la mañana implora una prórroga para levantarse.

(Porque, cosa extraña, tanto como Lina quiere a las sábanas y a la almohada a las ocho de la mañana, tanto las odia a las nueve de la noche).



Como veis, el año nuevo va a crear una Lina completamente nueva, también.

¡Qué, una Lina! ¡Si estoy segura de que la misma transformación se ha de operar, sin excepción, en todas mis Pirulindas!

Lo que sería encantador, es que cada año cambiase todo en la casa; ¿no os parece?

Muebles nuevos, vajillas, cortinas, cubiertos, juguetes, (¡ah, eso sí, sobre todo juguetes!), todo nuevo.

Pero resulta que los papás no suelen ser de esta misma opinión; no manifiestan—¿os habéis fijado?—un gran entusiasmo por realizar la pequeña y divertida operación de renovar toda la casa. ¡Cosas de los papás!

Lina lo comprende, por grande que sea su deseo de honrar ese año nuevo, que se nos va a presentar.

Sin embargo, queda el recurso, ya que no pueden comprarse cosas nuevas, de remozar las viejas; lo mismo, lo mismito que las Pirulindas se remozan, aun cuando sigan siendo, naturalmente, las mismas *viejas* Pirulindas de antes.

Por ejemplo, en la casa de Lina, hay un mantel que mamá ha desechado porque el pobre tiene ya dos zurcidos, un remiendo y varios claros.

No; ni para la intimidad de las comidas en familia sirve ya este mantel.

Y es lástima, porque se trata de una prenda hermosa, de hilo, y que sólo tiene desgastado el centro.

Lo demás, la parte de alrededor, la que cuelga en torno a la mesa, está en buen estado.

Tan es así, que si recortásemos todo el centro, el mantel parecería casi nuevo. Ahora, que un mantel al que le faltara la parte central, resultaría poco práctico; ¿no os parece?

Por fortuna, el arreglo es relativamente fácil; los arreglos, mejor dicho, pues son dos los que tenemos para elegir. Uno de ellos consiste en transformar el mantel, en un mantel de té.

Para ello, se corta el centro y se sustituye por un cuadro de tela de color; y se corta también una tira de la

parte de alrededor, en un ancho suficiente para cortar en ella unas diminutas servilletas de té, que se agrandan un poco con una jareta de la misma tela de color que forma el centro del mantel.

Y ya tenemos una mantelería de té, completa, con sólo haber comprado un trozo reducido de tela de color.

El segundo procedimiento, es más original.

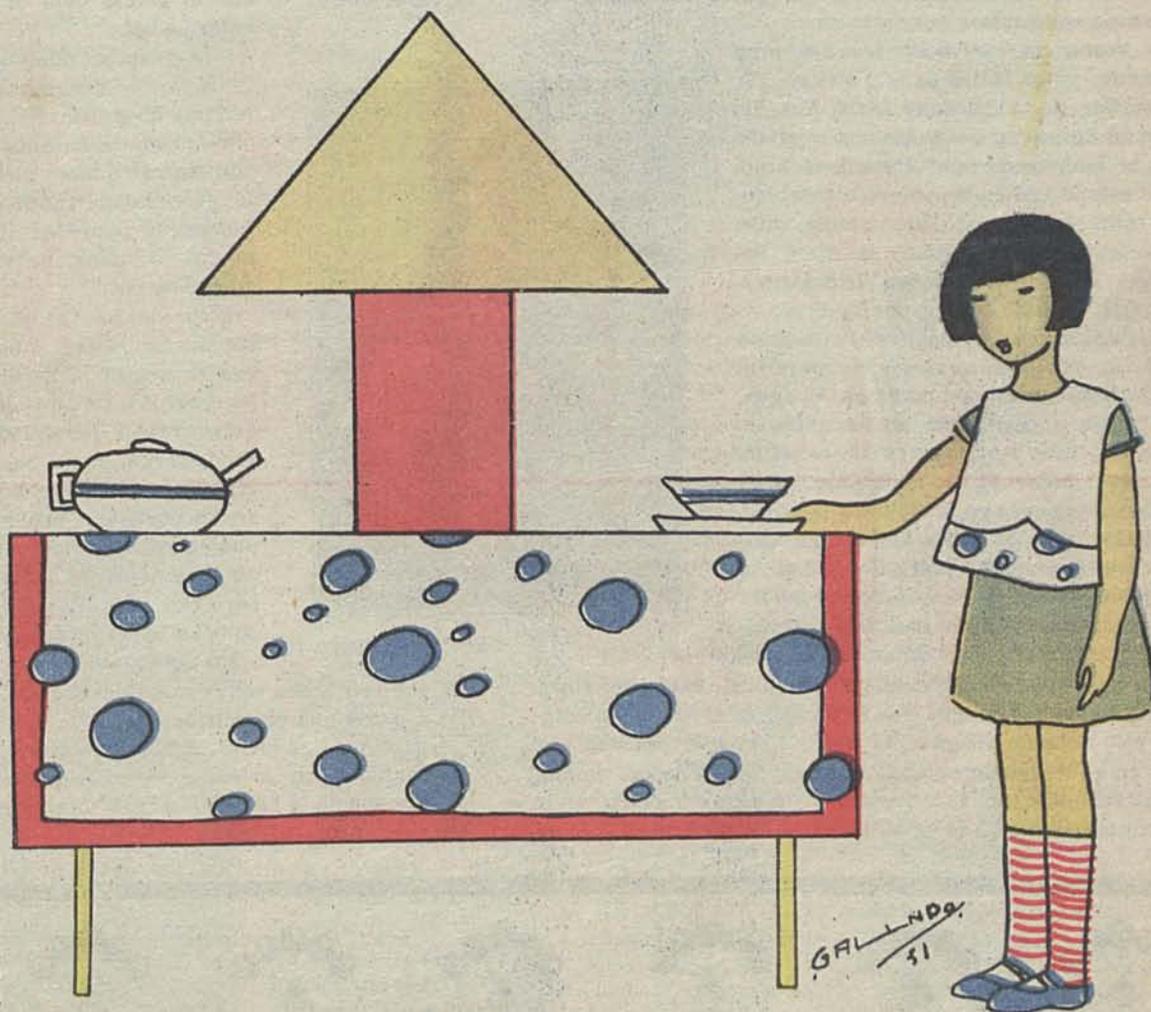
Consiste también en comprar un trozo de tela de color; pero en él, se cortan redondeles, que pueden ser iguales todos o de diferentes tamaños, a voluntad.

Estos redondeles se pegan esparcidos por el centro del mantel.

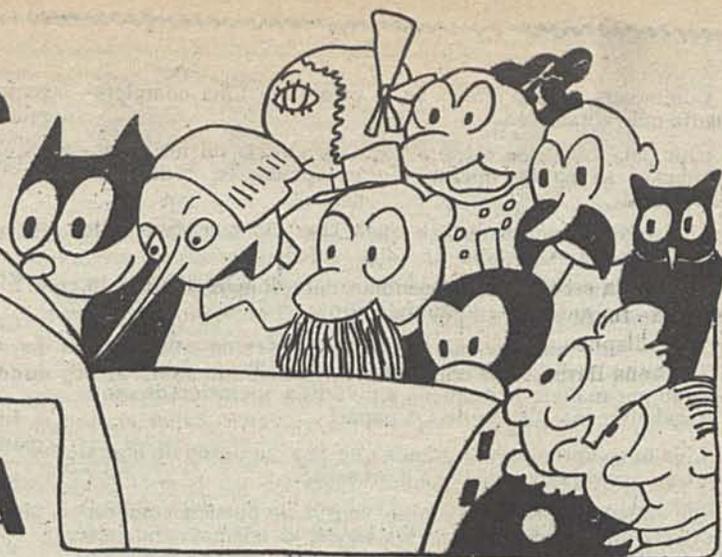
No necesito deciros que, al pegarlos, se cuida de cubrir siempre los trozos deteriorados.

Estos redondeles pueden aplicarse a punto de festón, o con un punto ruso o—pero esta ya es una labor de más respeto—incrustándolos.

Con esto, no solamente el mantel quedará perfectamente remozado, sino que además se pondrá a la moda, ya que los anchos lunares están ahora muy en boga en las mantelerías.



CUENTOS DE CALLEJA PAPÁ CIGÜEÑA



ESTABA una cigüeña incubando sus polluelos, cuando Papá Cigüeña llegó al nido, alisándose las plumas con aire de gran preocupación.

—Vengo indignado, querida esposa— exclamó—y temo que me haya hecho daño la comida.
—Pues ¿qué ocurre, hombre?—preguntó Mamá Cigüeña llena de sobresalto.

—Acabo de ver una picardía muy grande, y no la he podido evitar. ¿Te acuerdas de la hermosa Nais, hija del rey de Egipto, la que tanto nos regalaba en la buena estación? Pues hete aquí que estando su padre enfermo y sabiendo que aquí florece una planta, cuyo aroma podría devolverle la salud, ha venido en compañía de su madrastra a cogerla. Las dos venían por el aire, vestidas de pájaros; descendieron a la orilla del río, y allí la princesa se quitó el traje de plumas y se metió en el agua, dispuesta a coger una de las hojas de nenúfar, que brotan cerca de la orilla. En este momento, la madrastra le ha dado un picotazo en el cuello, y la pobre Nais ha caído al fondo del río. La madrastra remontó el vuelo, llevándose el traje de plumas de la princesa, y ahora estará contando algún embuste a su marido, para explicarle la muerte de su hija.

La pobre Nais había caído, en efecto, al fondo del río, a causa del aturdimiento que le produjera el terrible picotazo, y se hubiera ahogado si una sifide que paseaba por allí en aquel momento no la hubiera tocado con su manto, convirtiéndola en una hermosa sirena, que podía vivir perfectamente bajo el agua. La sifide tomó a Nais bajo su



protección, y la encargó de alimentar a los barbos jóvenes, que aún no tuvieran bastante maña para procurarse el sustento. Entretanto Lena, que así se llamaba la madrastra, volvió a Egipto, y penetrando por una ventana en las habitaciones de palacio, llegó a la suya, y después de quitarse el vestido de ave, se puso uno negro y marchó a la alcoba, donde su esposo gemía bajo el peso de terrible enfermedad.

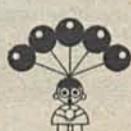
—¡Ay, esposo mío!—exclamó llorando la traidora.—Tengo que participarte una terrible desgracia. Nais, tu hija, tu bellísima princesa, encanto de todos, ha sucumbido al querer alcanzar la flor que tú necesitabas. Inútiles fueron sus esfuerzos; la pobre se ahogó, y yo, medio muerta de pena, he venido a darte la triste noticia.

Dios dió fuerzas al rey Arnón para soportar su pena, y enfermo seguía mientras su esposa, la pérfida Lena, manejaba el reino a su capricho. Llegó la época del regreso de las cigüeñas, y éstas ya no encontraron, como cuando Nais estaba allí, nidos de suave pluma; la madrastra no se ocupaba de ellas. En lo alto de una torre del mismo palacio anidaron algunas sobre lotos frescos, y de allí se lanzaban a la tierra inundada por el Nilo, en busca de su ordinario alimento.

Un día en que Lena refería a su esposo por centésima vez la mentida historia de la muerte de Nais, oyóse una voz estridente, que decía:

—¡Todo eso es mentira! ¡Nais ha muerto a tus manos!

Levantó el rey la cabeza, y vio asomar por una de las claraboyas de la habitación la de una cigüeña, que repetía sin descanso:





—¡Infame! ¡Tú has sido la criminal!
Lena exclamó sobresaltada:
—¡No la creáis, señor! ¡Estas cigüeñas
son muy embusteras!

Pero el rey rogó al ave que bajara, y ella, posándose en la cama del enfermo, contó con todo detalle la escena que presenciara. En el acto dispuso Arnón que fuera presa su pérfida mujer, y, enfermo como estaba, se dispuso a partir en busca del cadáver de su hija. La cigüeña llamó a sus compañeras, y haciendo subir al rey en una especie de hamaca, entre todas lo levantaron en alto y emprendieron un rápido vuelo. En pocas horas dieron vista al sitio donde Nais cayera al agua, y Papá Cigüeña dio un grito, diciendo:

—¡Alto, y a tierra!

La hamaca fue descendiendo lentamente, y el rey Arnón pudo recostarse en la frondosa orilla, cuyo césped mullido guardaba el recuerdo de la perfumada planta de la princesa. Lloró el pobre anciano, sin consuelo; mas apenas sus lágrimas hubieron tocado las azules y transparentes aguas del río, un barbo asomó la cabeza, y al oír las quejas de Arnón, abrió la boca, y dijo:

—¡Oh, buen viejo! Tú eres, sin duda, aquel por quien llora nuestra protectora, la princesa Nais. Seca tus lágrimas y espera un punto, que tus duelos y los suyos tendrán pronto remedio.

Desapareció la cabecita, y quedó el rey perplejo, sin saber qué pensar de aquella revelación; mas no habían pasado unos minutos, cuando enturbiáronse las aguas del río, y de sus frescas ondas salió bella, bellísima, la hechicera Nais, la de los verdes ojos, gloria de Egipto y encanto de su padre. Éste no pudo resistir la emoción, y quedó desvanecido. Creyólo muerto la princesa, cuando, apareciendo la sílfide, su protectora, no hizo más que tocar con su varita la venerable frente del anciano, y éste recobró el sentido y la salud. Abrazáronse el padre y la hija con aquella ternura cuyo secreto sólo tienen los que aman entrañablemente, y luego, pasados los primeros transportes de alegría, y aclarada la historia del crimen, Arnón llamó a Papá Cigüeña, y presentándole a la princesa, hizo que ésta le diera las gracias por sus atenciones.

Oyóse a lo lejos el grito de alarma de una cigüeña, y momentos después llegaba uno de los hijos de Papá Cigüeña, con graves noticias de Egipto. Lena había

escapado de la prisión y, diciendo que el rey había muerto, se había hecho proclamar reina de Egipto. Un grito de indignación estalló en todo el corro de cigüeñas; el rey se sintió anonadado por tal desgracia.

—¿Con qué soldados—preguntó—combataremos a tan cruel enemiga?

Sonrió la sílfide, y volviéndose al río, tocó el agua con su varita, exclamando:

—¡Aquí mi ejército de truchas, barbos y sollos!

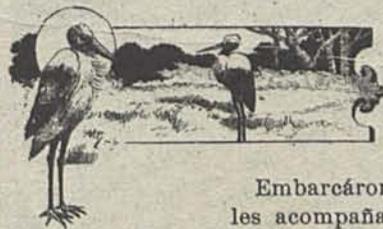
Oscuréciöse el agua, comenzaron a brotar de ella las velas de mil buques, luego salieron los cascos, y por fin se formó una escuadra poblada de marineros y soldados, vestidos de plateados trajes, que brillaban al sol como las escamas de los peces. Una canoa dorada con velas de púrpura se destacó de la escuadra y llegó hasta el sitio donde se encontraban la sílfide, el rey y la princesa.

—Señora—exclamó un barbo con toda la barba que mandaba la tripulación—aquí estamos a tus órdenes.

Embarcáronse los tres, invitando a las cigüeñas a que les acompañaran; y éstas, accediendo a la invitación, levantaron el vuelo y fueron a posarse sobre los mástiles de los buques. Hizo un signo el hada con su varita, y toda la escuadra comenzó a marchar viento en popa. A los dos días de navegación, una de las cigüeñas dio el grito de: «¡Tierra a la vista!», y la escuadra fondeó en el delta del Nilo. Cuando la reina Lena recibió la noticia del arribo de aquella formidable escuadra, reunió su ejército y le formó frente al mar. Todo indicaba que iba a trabarse un formidable combate, cuando las cigüeñas se remontaron, internándose en la costa. Apenas transcurrieron veinte minutos, las vieron regresar formadas en pelotón, trayendo entre ellas un bulto oscuro. A poco descendieron en el buque donde iba el rey, mostrándole a su esposa, que habían cogido prisionera. No quiso implorar perdón, por su conducta; lejos de eso, sacando un puñal, trató de matar a Nais; pero Papá Cigüeña, que la vigilaba con gran atención, de dos picotazos la sacó los ojos, y cogiéndola entre todas la remontaron tan alto, que casi se perdió de vista; de pronto la dejaron caer, y al chocar con las rocas de la costa desde aquella inmensa altura, se estrelló.

Arnón y su hija volvieron a ocupar el trono, y Dios, en premio de sus buenos sentimientos, los hizo muy felices.

La maldad recibe su castigo, y los buenos siempre triunfan en las luchas de la vida.



— FIN —

¡CARAMBITA! ¿ME TRAES RICOS BUÑUELOS? ¡QUÉ RESIMPATQUISIMO ERES!

ESTO NO SON BUÑUELOS. SON TREINTA CEROS QUE ME HA PUESTO EL MAESTRO ESTE MES



TODOS LOS MESES SE ME HACE LA BOCA AGUA CUANDO TE VEO ENTRAR CON EL JUNQUILLO Y LUEGO RESULTA QUE SON TREINTA MISERABLES CEROS. ¡YA ESTOY HARTO DE PLANCHAS!

¡Y QUÉ CULPA TENGO YO DE QUE LE GUSTEN TANTO LOS CHURROS!



TE ESTARÁS EN ESE CALABOZO MALOLIENTE HASTA QUE TE APRENDAS LA LECCIÓN DE LA CONQUISTA DE GRANADA POR CRISTÓBAL COLÓN



Y ADEMÁS VOY A ESCRIBIRLE UNA CARTA A LOS REYES MAGOS QUE VA A ENCENDER EL PELO. YA ES HORA DE QUE A ESTE MORENO LO META YO EN CINTURA

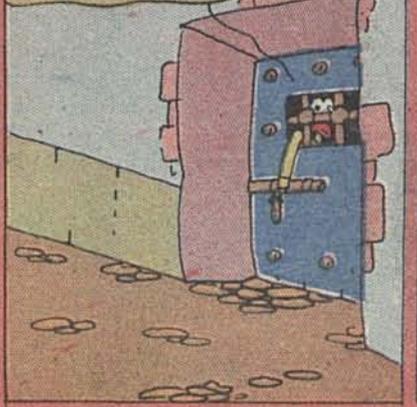


*Srs Reyes Magos:
Muy señores míos: Esta es para decirles que Currinche no estudia ni tanto así, así que no los pongan juguetes este año y lleve en cambio este muensísimo y me pondré una pluma nestlé grafica y una caja de polborros. Este que lo he Don Turulato y P.D. También quiero otra caja de polborros*

¡OIGA! ¡ESA CARTA QUE HE ECHADO ES PARA LOS REYES MAGOS, PERO QUE NO LA VEA BALTSAR PORQUE COMO ES NEGRO, A LO MEJOR ES AMIGO DE CURRINCHE



¡HAN SONADO TRES CAMPANADAS!
¡SILENCIO! ¡LA NOCHE ES OSCURA!
¡LA HORA ES DE EMOCIÓN!
¡ME EVADO! ¡ME FUGO! ¡ME LARGO!
¡ESTE ES EL INSTANTE!
¡ESTA ES LA OCASIÓN!



¡MI VENGANZA VA A SER TERRRIBLE! LES VOY A ESCRIBIR UNA CARTA A LOS REYES MAGOS QUE VA A ECHAR CHISPAS. A ESE TIO DE LOS BIGOTES LE VOY A CANTAR LAS CUARENTA



*Srs don MEJOR don GILS
PAR Y DON BALTSAR,
MIS QUERIDOS AMIGOS MÍOS: POR LA PRESENTE SABRAN QUE DON TURDES UN GANDUL QUE SE LEVANTA A LA UNA Y ME ENCIERRA EN UN CALA BOZO DERA A MI, QUE SOY MAS BUENO QUE UN MERBETES.
ADIOS QUE RIDOS REYES
55 s s
CURRINCHE
llllllll*



OIGA; ESA CARTITA ES PARA LOS REYES MAGOS, PERO QUE NO LA LEA GASPAR, PORQUE COMO TIENE ESOS BIGOTES TAN GRANDES A LO MEJOR ES AMIGO DE DON TURU



ADIÓS DON TURU HASTA MAÑANA QUE USTED DESCANSE

BUENAS NOCHES CURRINCHE, QUE DUERMAS BIEN



AHORA QUE CURRINCHE DUERME VAY A PONER EN EL TEJADO ESTA BOTA PARA QUE LOS REYES ME LA LLENEN DE COSAS.



YA RONCA DON TURU COMO UN BOMBARDINO. APROVECHAREMOS PARA PONER MIS BOTAS EN EL TEJADO. LOS SEÑORES REYES MAGOS DEBEN DE ESTAR AL LLEGAR



BUENOS DIAS DON TURU. UN SERVIDOR VA A SUBIR AL TEJADO A RECOGER UN ENCARGUITO DE LOS REYES MAGOS

¡JE, JE! ME PARECE QUE VA A HABER SORPRESITAS



¡QUE EMOCIÓN! EL CORAZÓN ME HACE PON PON!

A MI EL CORAZÓN ME HACE TITOS MORTALES



¿POR QUÉ LLORAS, HOMBRE?

¡MIRE QUE CARTITA ME HAN ESCRITO LOS REYES. ME PONEN DE MAL ESTUDIANTE QUE NO HAY POR DONDE COGERME Y NO ME HAN DEJADO NI UN MISERABLE PIRULI

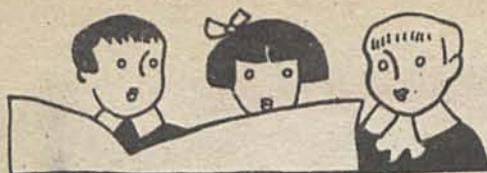


ESO YA ME LO FIGURABA YO. A LOS NIÑOS QUE NO ESTUDIAN LES PASA ESO. EN CAMBIO A MI ME HAN DEBIDO DE LLENAR LA BOTA DE EXQUISITOS REGALOS. ¡PESA MÁS DE UNA ARROBA! SIGUEME Y VERÁS



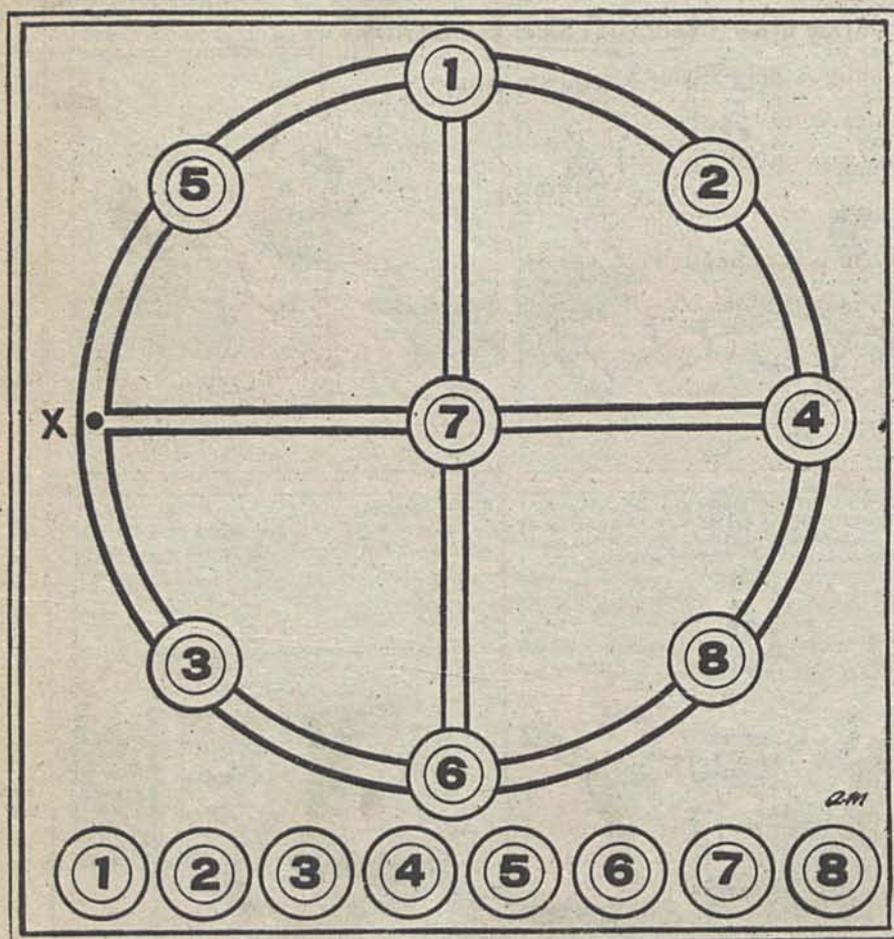
¡ATIZA! ¡SI ESTÁN DENTRO TODOS LOS GATOS DEL BARRIO!

¡JA, JA! ¡AL OLORCILLO DE LA SARDINA ARENQUE!



PARA PASAR EL RATO

LOS OCHO DISCOS NUMERADOS (JUEGO)



Este bonito juego que ofrecemos a nuestros lectores es interesante en extremo.

Consiste como ustedes ven en una rueda en la cual van dibujados ocho discos, cada uno con un número del 1 al 8, ambos inclusive, sin que pueda ser alterado el orden numérico en que se hallan distribuidos.

Aparte dispondremos otros ocho discos de madera, cartón, etc., igualmente numerados del 1 del 8.

La forma de jugar es la siguiente:

Se colocan los discos encima de los correspondientes de la rueda de modo que coincidan sus numeraciones; es decir el disco número 1 encima del 1, el 2 encima del 2 y así sucesivamente.

El fin que se persigue moviendo los discos de uno en uno de los lugares que haya o queden vacantes, es conseguir que nuestros ocho discos ocupen los lugares numerados en la rueda y además el punto X, quedando vacío el punto central de la misma (o sea el número 7) pero hemos de advertir que el juego no vale si nuestros discos obtenido el resultado no figuran en la rueda por el orden natural de la numeración, es decir 1, 2, 3, 4, etc.

Para obtener el resultado apetecido los movimientos a ejecutar son los siguientes:

7-6-3-7-6-1-2-4-1

3-8-1-3-2-4-3-2

en total 17 movimientos.

CONCURSO DE PASATIEMPOS



Las pelotas



Hay que trazar, amigos pinochlistas, tres líneas, que dividan al dibujo en siete partes, pero, con la condición de que cada línea atraviese tres pelotas de las que el «clown» utiliza para sus juegos.

Siete errores hay en este dibujo.

Siete terribles errores.

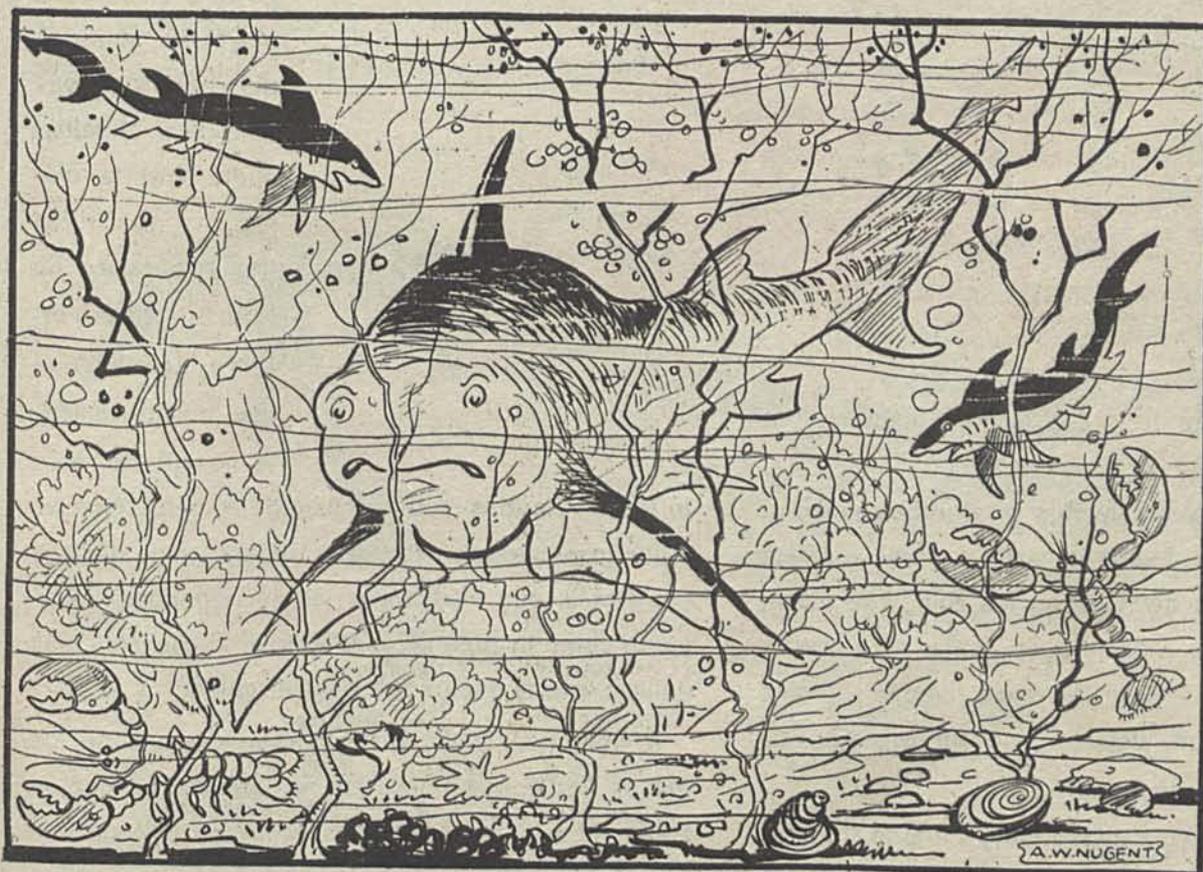
Uno de ellos consiste en la falta de un ojo, en el perro.

¿Cuáles son los otros?

Dibujo con errores



LOS PECES DE COLORES



Más de una vez os habréis reído de los peces de colores.

Pues bien: En el presente dibujo hay cuatro peces de los que, una vez que los encon-

tréis, pues están escondidos, os podeis reír todo lo que os venga en gana. ¡A buscarlos, pues!



EL RATÓN QUE SE TRAGÓ A UN ELEFANTE

(Cuento)



No ha existido ni es posible que exista otro elefante ni más grande ni más miedoso que Kimbo.

Pesaba, en bruto, tres toneladas; tenía una robusta trompa, que era una trompa cañón, una piel que no la traspasaba ni un torpedo, y cuatro patas capaces de soportar el peso de las pirámides de Egipto, y, sin embargo, no se podía estornudar a su lado porque el pobre se llevaba un susto que luego tenía que beberse diez o doce barriles de agua y vinagre para que se le pasase.

Kimbo tenía un sistema nervioso tan excitable que cualquier impresión

le hacía temblar, y los nervios le vibraban como si fuesen las cuerdas de una guitarra. A veces sonaban tan bien aquellos nervios que los chicos se daban el gusto de excitar a Kimbo para bailar a su alrededor porque, hay que decir la verdad, cuando se ponía así, no parecía un elefante sino un organillo de manubrio.

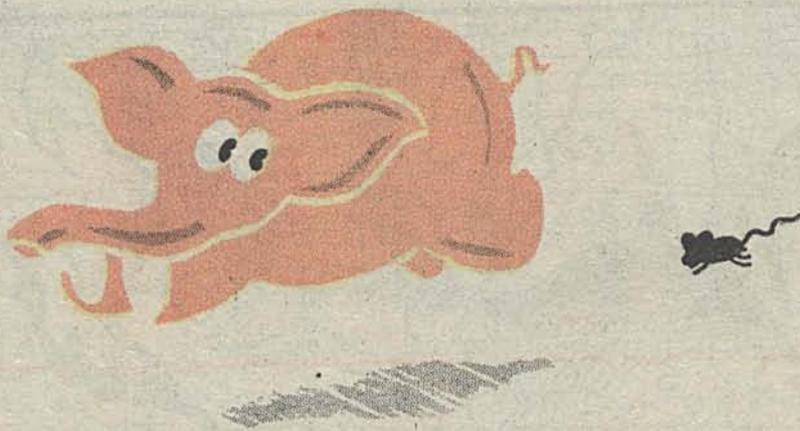
Y todo lo que tenía de grande y cobarde, lo tenía también de dócil y juguetón. Los días más felices de su vida eran los que pasaba jugando con los

chicos al marro, al zurriago o a las cuatro esquinas. También en sus tiempos, jugó con ellos al salto del «paso y la uva», pero tuvo una vez un incidentillo con un chico y desde entonces el reyezuelo de la tribu donde vivía Kimbo le prohibió alternar en dicho juego por razones de gran peso.

Fué el incidente que hallándose en la playa jugando con unos negritos al salto del «paso y la uva» le tocó a él saltar, midió mal la distancia y ¡¡paff!! las tres toneladas de Kimbo cayeron sobre un chico al que milagrosamente no aplastó, pero

lo metió veintitres metros debajo de la arena. Gracias a que los negros se pusieron a trabajar como blancos (ya sabréis que los blancos les corresponden trabajando como negros) se pudo extraer al chico sin más consecuencias que un susto mayúsculo.

Kimbo, que había aprendido el lenguaje de los chicos, les contaba los terribles trances en que se había visto en la vida y ellos gozaban lo indecible oyéndole aquellas pintorescas historias. Figuraos, les decía, que una vez me quedé dormido al pie de un





me dió, en la espalda ¡que si no...! Desde entonces Kimbo le tiene un miedo cerval al coco.

Pues ¿y lo que me pasó con una lagartija?—contaba también—. Estaba yo un día regando unas flores cuando de pronto ¡pif! una lagartija que sale de unas matas, que se me queda mirando fijamente, que agita el rabo, que sopla y se va. En aquella terrible mirada comprendí que su intención era metérseme por la trompa arriba y mascarme por dentro; pero gracias a que yo tenía la trompa tapada con el embudo de una regadera ¡que si no, sabe Dios lo que hubiera sido de mí!

Pero lo que más horrorizaba a Kimbo eran los ratones. Sentía por ellos un odio africano. Y es que sobre su alma pesaba la terrible amenaza que le hizo un diminuto ratón.



Un ratón que precisamente se llamaba como otro conocidísimo en la Historia ratonil. Se llamaba el ratoncito Pérez.

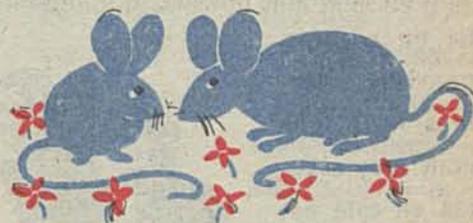
P u e s bien, este Pérez le amargó la existencia

por lo que voy a contaros. Kimbo tenía la costumbre de madrugar mucho, se bañaba, y luego se tomaba su barril de chocolate y sus dos arrobas de plátanos. Ninguna mañana le faltaba el desayuno a su hora porque como los elefantes son considerados entre aquellos negros como animales sagrados, lo trataban a cuerpo de rey, y Kimbo aprovechaba esta debilidad de sus protectores para darse la gran vida.

Después del desayuno se tumbaba boca arriba a tomar el sol y llamaba a sus criados.

—¡A ver!—ordenaba—. ¡Que me ondulen, que me manicuren y que me den masajé!

Enseguida acudían los de la higiene, le ondulaban el rabo, le esmaltaban



las pezuñas y le masajeban todo el cuerpo.

Después se entregaba en brazos de Morfeo y roncaba a su libre albedrío.

Pero un día, apenas dormido, le despertó un ruido que a él le pareció el de un tropel de caballos. No había tal tropel ni tales caballos; era simplemente el ratoncito Pérez que se le había metido en una oreja, y en voz baja le dijo estas terribles palabras: «Como vuelvas a aplastar con tus patatas el nido de un ratón te mascaré la nuez».

Aquella amenaza le produjo un efecto fulminante. Dió un salto y como un cohete emprendió veloz carrera. ¡Pero qué carrera! Ni el más formidable de los terremotos hubiera producido mayores destrozos. A su paso derribaba árboles, hundía chozas, arrasaba campos, lanzaba negros por el aire, doblaba montañas, levantaba huracanes. Nunca presenciaron los negros de aquellas tribus una catástrofe mayor.

Al fin Kimbo cayó rendido. Con los resoplidos de su respiración jadeante se mezclaban entrecortadas



palabras—. ¡Mi nuez!— ¡Me van a mascar mi nuez, que es un recuerdo de familia!

Los negros que rodeaban a Kimbo no se atrevían ni a tocarlo. Era sagrado y a pesar de los destrozos que había hecho tenían que respetarlo.

Acudió el médico de la tribu, lo auscultó, le tomó el pulso, le miró las pupilas y terminó diagnosticando que el pobre Kimbo se había vuelto loco de remate. El pronóstico fué gravísimo porque era de temer un nuevo ataque del que no quedaría títtere con cabeza.

Si en vez de tratarse de un elefante sagrado hubiese sido un miserable borrico, le hubiesen dado la puntilla en el acto, pero las costumbres fanáticas eran muy severas en este aspecto y ¡pobre del que se atreviese a atentar contra su vida!

Reuniéronse, pues, en consejo los notables de la tribu y se acordó construir un manicomio para recluir en él a Kimbo.

Así se hizo, pero ¿qué pasaría después? ¿Dónde iría a parar el manicomio en cuanto a Kimbo le acometiese el otro ataque?

—Que le pongan una camisa de fuerza objetó el doctor.

Pero en cien leguas a la redonda no había ni una sola camisa de las de vestir, y muchísimo menos de las de fuerza. Al fin, a un herrero de la tribu se le ocurrió una idea. Fabricaré—dijo—unas robustas cadenas y lo ataremos fuertemente para que no pueda moverse. La idea fué aceptada por unanimidad. De esta forma se respetaba la vida de Kimbo y se evitaban también las terribles consecuencias de otro

ataque de locura. Pero ¿estaba Kimbo loco de verdad? ¿Había acertado el doctor al hacer el diagnóstico?

¡Ni por asomo! El paquidermo sagrado no tenía ni un solo pelo de loco. Todo aquello era miedo insuperable y nada más que miedo. En cuanto veía un ratón se subía al primer árbol que encontraba a su alcance y allí se estaba hasta que el ratón desaparecía. La amenaza del ratón Pérez le tenía en constante sobresalto. No dormía, no tenía ganas de comer ni de nada. De cuando en cuando se palpaba la nuez para asegurarse de que no se la habían mascado todavía.

Pero conste que Kimbo no se había vuelto loco.

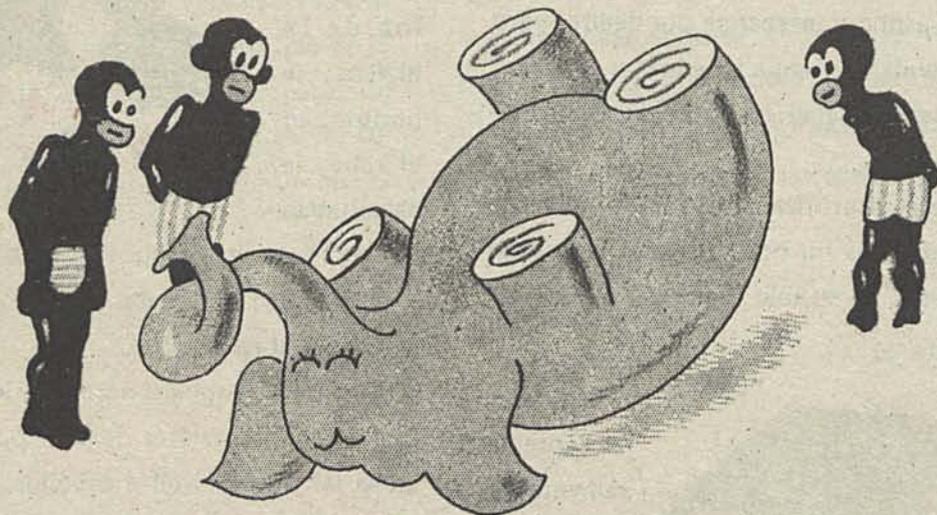
Llegó un día en que el manicomio y las cadenas

estuvieron en disposición de recibir al elefante sagrado y allá lo llevaron entre cuchufletas y engaños.

Quinientos fornidos negros tuvieron que intervenir en la delicada operación de encadenar-

lo, pero después de una semana de rudas fatigas consiguieron dejarlo inmóvil. El manicomio era, como todas las edificaciones que construían los negros, una gran habitación semiesférica en cuyas paredes abrieron un boquete por el que sacaron la trompa de Kimbo al exterior para darle los alimentos. Dentro, el animal permanecía atado con cadenas y completamente inmóvil.

Mientras se habían desarrollado estos sucesos, ocurrieron otros no menos interesantes en la madriguera del ratoncito Pérez. Allí habían acudido miles y miles de ratones a quejarse de Kimbo, porque en la desenfrenada huida que tantos destrozos causó, había aplastado todas las ratoneras que encontró a su paso. A juicio del mundo ratonil, había llegado el momento



histórico de que Pérez cumpliera la terrible amenaza. Tenía que mascarle la nuez al elefante y contra esta sentencia no había remedio ni apelación posible.

Y el tal Pérez era un ratón de muchísimo cuidado. Varias veces había estado en la cárcel y otras tantas se había escapado de ella doblando los barrotes de la prisión. Ya supondréis que la cárcel a que me refiero es esa trampa de madera y alambre llamada ratonera en la que caen los rateros con rabo que se dedican a saquear las despensas. Así es que no solamente la nuez de Kimbo, sino sus tres toneladas, corrían un gravísimo peligro ante aquella pequeña fiera que se llamaba Pérez. Como primera providencia, en cuanto Pérez se enteró de que Kimbo estaba encerrado y encadenado, cogió los cuatro trastos que tenía en su madriguera y emprendió el viaje.

¿Adónde se fué? Ya os lo podéis figurar: al lado del infenso elefante.

Kimbo se dió cuenta en seguida de la presencia del terrible Pérez, pero aquellas malditas cadenas lo tenían tan atezado que no podía ni mover una uña. El pobre paquidermo desahogaba su desesperación agitando la trompa por fuera del agujero de la prisión, dando bufidos, y gritando a todo pulmón:

—¡Mi nuez! ¡Que me van a mascar la nuez!

Los negros, como lo tenían por loco, decían:

—¡Pobrecillo! ¡Ya está otra vez con el ataque!

Al día siguiente de aquel en que Pérez entró en el manicomio, Kimbo chillaba a grito pelado:

—¡Socorro! ¡Que se me come el rabo!

Le oían como quien oye llover.

Y al otro día Kimbo vociferaba:

—¡Una pata! ¡Me está mascando una pata!

Y todos los días, las desesperadas lamentaciones de Kimbo anunciaban los serios desperfectos que el implacable Pérez iba causando en su voluminoso organismo. Y ya era la tripa, ya la pata derecha, ya la izquierda, ya las orejas, lo que Kimbo decía que iba echando de menos. El doctor hacía una visita semanal, miraba por el tubo de la trompa y se limitaba a decir:

—¡El pobre está cada día más chalupal! ¡Hay que dejarlo por imposible!

Y como dentro del manicomio no entraba nadie, Pérez se iba despachando a su gusto. Precisamente el cambio de aires le había abierto un apetito insaciable.

Llegó un día en que al arriarse un negro con un barril de sopas de ajo para Kimbo salió por la trompa una débil voz que le dijo:

—Mira, llévate las sopas porque si las sorbo yo se las va a comer

Pérez. ¿No ves que ya no me queda más que la trompa?

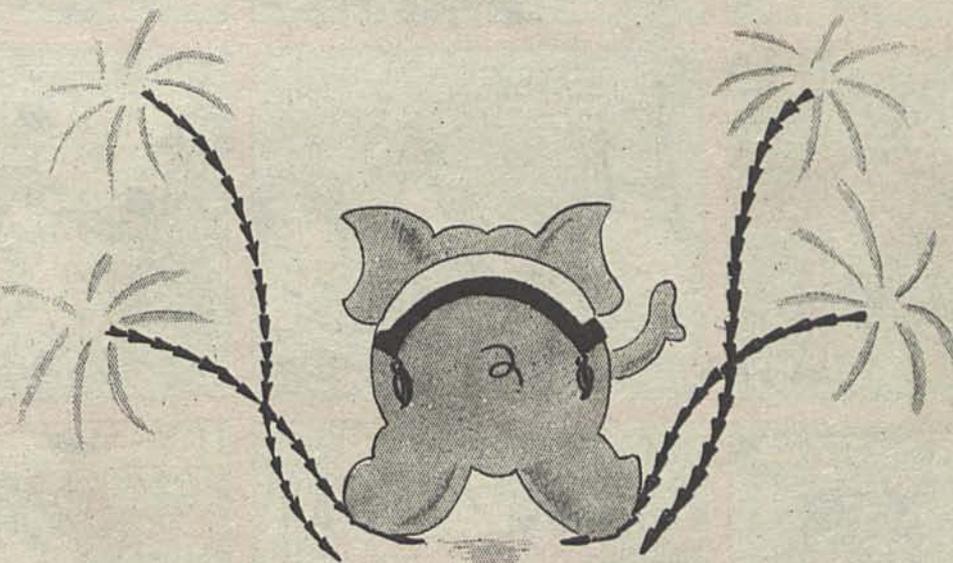
Y dicho esto se cayó la trompa desde el agujero al suelo. El negro se quedó blanco del susto. No podía explicarse lo que estaba viendo. Con los ojos desorbitados y la boca abierta un palmo, miró a través del agujero del manicomio y allí ¡ay! no había más que un montón de cadenas.

Pero... ¿y Kimbo? ¿Dónde estaba Kimbo?

Los negros nunca supieron la verdad porque su ridícula superstición les hizo creer que Vitu-Ju, el Dios protector de los elefantes, según su idolatría, se lo había llevado para curarle la locura.

Pero la verdad era que se lo había tragado el ratoncito Pérez!

E. CASTILLO.



LA TORMENTA Y EL COLLÓN

HAZUÑAS DE TÍN Y TÓN

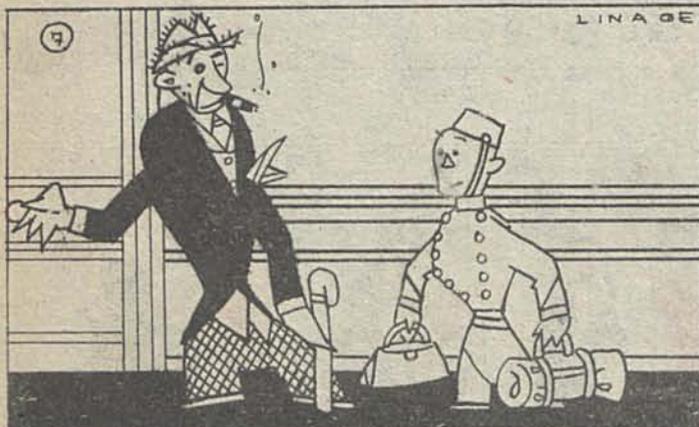


LAS COSAS DE D. PANCRACTIO
SON PARA VISTAS
DESPACIO

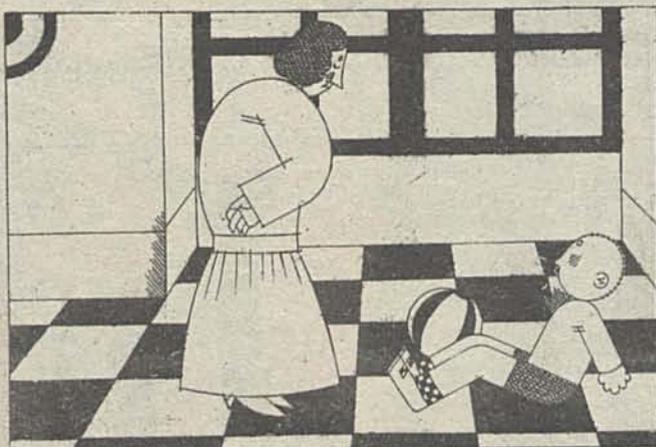




CHISTES



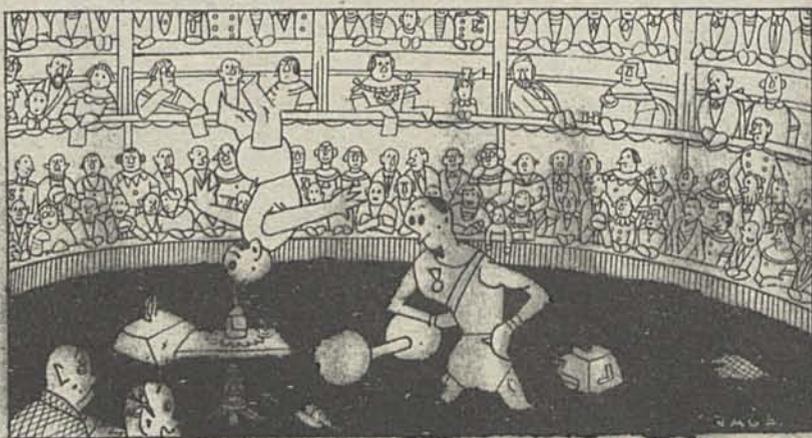
1.—Cuando el señor quiera que le despierte no tiene nada más que avisarme.



2.—Me has dicho que si era bueno me darías lo que quisiera.
—Si, hijo mio. ¿Qué quieres?
—Permiso para ser malo.



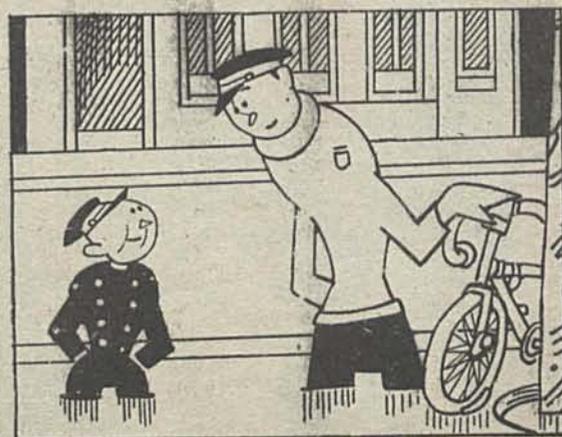
3.—¿Con el día que hace y sales sin gorra?
—Si, porque he oido decir que hace un frío que pela.



4.—Ya te dije que no te correspondía ahora hacer ese número, pero tú no sé lo que tienes que todo lo haces al revés.

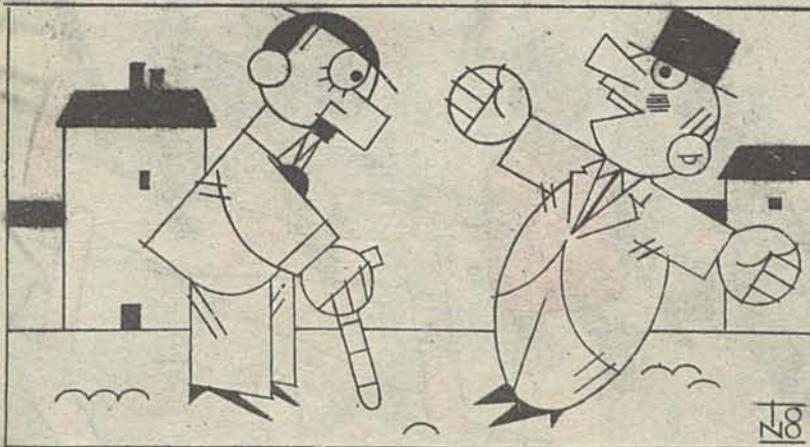


5.—EL BORRACHO. (Tomando el cepillo por un espejo) ¡Caramba, que falta me esta haciendo afeitarme!



6.—Aqui donde me ves tan chiquitín chillo a mi jefe todos los días.
—¿Y cómo te lo consiente?
—¡Pues porque es sordo!

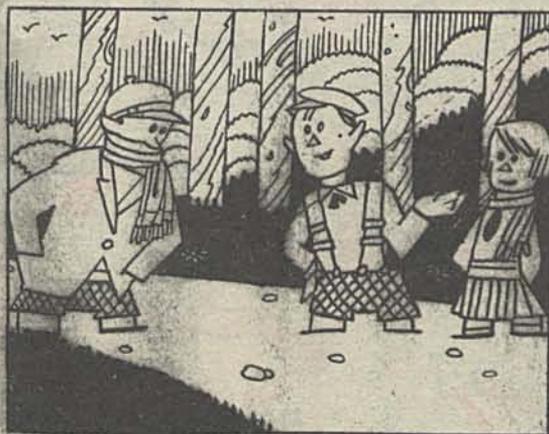
ILUSTRADOS



7.—¡Querido Ballenilla qué cambiado está usted!
—Ya no me llamo Ballenilla.
—¡Cómo! ¿También ha cambiado usted de nombre?



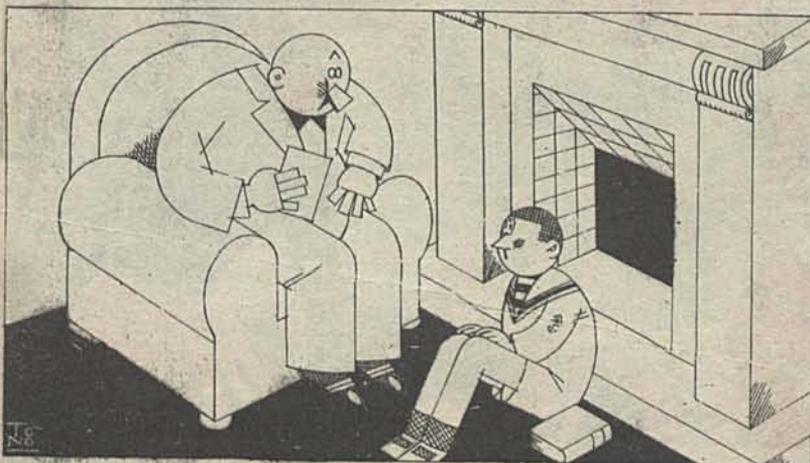
8.—Quisiera hacer unas declaraciones, pero...
—Nada, nada. Aquí puede usted hablar con entera libertad.



9.—¿Pero con este tiempo tan crudo tú no tienes frío?
—¡Ca, chico! Tú no ves que voy siempre con mi prima Vera.



10.—Mi marido tiene una botica.
—¿Es farmacéutico?
—No, señora, es una botica de vino.



11.—¡Dios santo, qué caros cuestan los estudios!
—Pues lo que es por mi no puedes quejarte, papá, porque ya sabes que soy de los que estudian menos.



12.—¿Pero qué hace ese hombre ahí tanto tiempo de un lado para otro dando vueltas?
—¡Pues nada, señor, que es un peón!

VERANO

ENTRADA AL
GRAN RESTAURANT
ECONÓMICO. HOY
PRECIOS POPULARES



PARA NO PASAR CALOR IRSE AL CONGO ES LO MEJOR

OTOÑO



MORRONGUIS Y SUS ESCLAVOS, PRENDEN LAS HOJAS CON CLAVOS

Ayuntamiento de Madrid

COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE DICIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



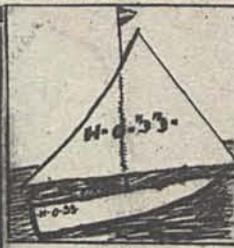
Manzano
Antonio Rey



Baillarina
María Tenas



Dama
S. Colmenero



El vencedor
Conchita López



Loro
Por Goya



Chonón
Un desconocido



Estrella
María Sesma



Un tren eléctrico.—Juan García (Guadalajara - México)



Aventurero
Pepe Borrel



Retrato.—E. Navarro



Mi casa de campo
Matilde Morán



Tecla.—Tomás D. Brito



El castillo de Pinocho
Josefina S. Riego



De paseo
Milagritos Goicoechea



Carlos V.
F. Esteban



Trafalgar Square
José Antonio Medina



Ramo de naranjas y pajarita
Amancio Rey



Ciudad.—María Carmen García Echániz



Moronguis
Luis Antonio Soler



Sor Margarita
María Alarte



Niño Jesús
Joaquina Jaraquemada

AVISO IMPORTANTE

A petición de numerosos pinochistas de España y América se prorroga el plazo de admisión de trabajos para el Concurso de Cuentos Infantiles hasta el día 1.º de Marzo, fecha en la que definitivamente quedará cerrada la admisión.

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

El Perro, la Vaca, el Chivo y el Cerdo



LOS CINCO PAJAROS



LOS NUMEROS MALDITOS

| | | | | | | | |
|----|----|----|----|----|----|----|----|
| 5 | 57 | 60 | 8 | 16 | 52 | 49 | 13 |
| 4 | 64 | 61 | 1 | 9 | 53 | 56 | 12 |
| 62 | 2 | 3 | 63 | 55 | 11 | 10 | 54 |
| 59 | 7 | 6 | 58 | 50 | 14 | 15 | 51 |
| 46 | 20 | 17 | 47 | 39 | 25 | 28 | 38 |
| 43 | 21 | 24 | 42 | 34 | 32 | 29 | 35 |
| 23 | 41 | 44 | 22 | 30 | 36 | 33 | 31 |
| 18 | 48 | 45 | 19 | 27 | 37 | 40 | 26 |

DIBUJO CON ERRORES

- 1.—A la niña morena le falta un botón en un zapato.
- 2.—Los dos zapatos de la niña morena se abrochan en el mismo lado.
- 3.—La muñeca tiene el pelo de dos colores.
- 4.—A la muñeca le falta un ojo.
- 5.—A la mesa le falta una pata.
- 6.—Los zapatos de la niña rubia no son iguales.
- 7.—La niña rubia tiene un botón cuadrado.

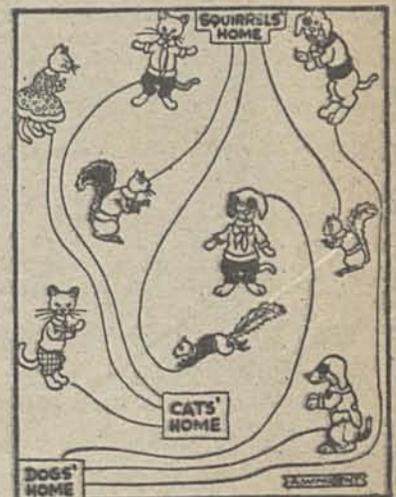
LAS DOS FOCAS



El Conejo, la Vaca y la Leona



LAS CADENAS



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

EL CORDERO MARAVILLOSO

(FIN)



—Deseamos tener una casa agradable donde podamos vivir con comodidad.

Y he aquí que, en el acto, la pata mágica sale volando por los aires y la miserable choza se transforma en un hermoso palacio, rodeado de un jardín lleno de flores, con caballerizas, establos, caballos, carrozas, rebaños, gallinero con gallinas, etc... (si esto llega a suceder unos siglos más tarde hasta aeródromos y avioncitos, hubiera tenido, seguramente.)

Dentro, todo eran salones magníficos, alcobas espaciosas, comedores con vajillas y plata, cocina y despensa llena de apetitosos manjares. (También hubiera habido, de atrasarse estos acontecimientos, pianola, teléfono y radio.)

Ni que decir tiene que se afanaban por docenas, criados con uniforme rutilante de oro, doncellas pizpiretas, cocineros gordos, pinches y lacayos.

Entonces, Bonifacio arrojó la segunda pata, no ya por una ventana, sino por un balcón diciendo:

—Deseo tener siempre bastante dinero para dar a mi familia cuanto necesite en alimentación, ropas e instrucción.

Y al volar la segunda pata, todos se hallaron vestidos como príncipes, y, en el bolsillo de su magnífico traje, Bonifacio encontró una bolsa llena de oro, y que estaba encantada pues a medida que se sacaban monedas, volvía a llenarse.

—Ahora dijo la prudente Betina—debemos desear conservar lo que ya tenemos y que tanto vale.

Y al arrojar la tercera pata, Bonifacio pidió que toda la familia conservara siempre su bondad de corazón y su buena salud.

En cuanto a la última pata la guardaron para cuando pudieran necesitarla. Y cuando pasaron unos días y toda la familia empezó a acostumbrarse a aquella vida de... de cuento, Bonifacio dijo:

—A pesar del comportamiento de Tacañote, no debo olvidar que es mi hermano.

Y mandó a uno de sus hijos que fuera a invitarle a cenar sin decirle nada de lo sucedido.

—¿Otra vez a pedirme dinero?—gritó Tacañote al ver a su sobrino—. Ya sabéis que no suelto un cuarto.

—No, si vengo de parte de mi padre a invitarle a cenar.

—¡Ja, ja, ja! ¡a cenar! Vaya, iré a comer vuestro pan seco y a beber vuestra agua clara, para que no digáis que no soy amable.

Pero al llegar, quedó asombrado: ¡allí no estaba ya la miserable casa de su hermano; en cambio, ante él se elevaba un palacio que no conocía.

—Por lo visto—pensó—el aire se ha llevado la choza con todos sus habitantes; mejor que mejor, así estoy libre de esa familia de pobretones.

Y a un mozo pastelero, que se acercaba con una bandeja de dulces, le preguntó a quién pertenecía aquella residencia señorial.

—Al señor duque Bonifacio—contestó el joven.

—Al du... du... duque Bo... bo... b... tartamudeó Tacañote que, de asombro, no podía ni hablar.

—Sí, señor; y se hacen grandes preparativos porque el duque espera a su hermano a cenar.

—¡Su hermano soy yo!—exclamó Tacañote.

—¡Usted, hermano de Su Señoría! ¡Qué más quisiera, viejo mendigo!

Y el pastelero le volvió la espalda con desprecio.

El avaro se dirigió al portero y mucho trabajo le costó hacerle creer que era hermano del duque; por fin le dejaron entrar, y Bonifacio salió a su encuentro saludándole con su chambergo empenachado y acompañado de Betina que llevaba un traje de raso con cola, y de los tres niños vestidos de terciopelo.

Cuando Tacañote se enteró de todos los acontecimientos, le dió tal envidia y tal rabia que apenas pudo cenar apesar de que la comida era suculenta y no le costaba nada. No pensaba más que en lograr la misma fortuna que su hermano.

A la vuelta, se detuvo ante el estanque y gimió:

—¡Ay de mí que no tengo un céntimo para dar de comer a mis pobres hijos! Me voy a matar.

Entonces vió surgir del agua un diablillo vestido de verde que le dijo:

—Yo te daré todo lo que necesites; vete a tu casa y mata tu mejor vaca. Regálasele toda a los pobres, salvo una pata que te guardarás y no tendrás más que decirle «Patita, patita, cumple de prisita» para tener lo que mereces.

Le faltó tiempo al viejo avaro para seguir las instrucciones del diablillo. Después de regalar la vaca, pidió a la pata que le quedaba una bolsa inagotable; pero cuando dijo «Patita, patita, cumple de prisita» el talismán se le escapó de las manos y ¡pan! ¡pan! empezó a pegarle ¡pan! ¡pan! en las costillas, ¡pan! ¡pan! en la cabeza, ¡pan! ¡pan! en la espalda, ¡pan! ¡pan! en... bueno, más abajo.

Gritando, corriendo, loco, Tacañote perseguido por la implacable pata que no cesaba de pegarle, volvió al palacio ducal.

—¡Bonifacio, hermano mío, Betina, encantadora, sobrinitos queridos!—gritaba ¡salvadme por Dios! ¡Libradme de este verdugo! Toda la familia intentó agarrar la terrible pata, sujetarla y apartarla de su víctima.

Entonces la buena, la dulce Betina, recordó que a ellos les quedaba un talismán; dijo algo a su padre, y arrojando por la ventana la cuarta pata del corderito, dijo:

—Deseo que esa pata deje de pegar a mi hermano.

Y fué así como Tacañote se vió libre de su martirio y como, conmovido por tanta bondad, se arrepintió de su avaricia y de su egoísmo. Se volvió tan bonadoso y se dedicó a hacer limosnas con tal esplendor que le cambiaron el nombre y en toda la comarca le llamaron don Generoso.

Y esto de haber enternecido el corazón de un avaro fué sin duda el más bello milagro de aquellas Navidades maravillosas.

